

TRANSFORMADOS AL ORAR

Oración al Estilo de Jesús

¿Cuál es el concepto más frecuente que tenemos de oración? Seguramente sería el de “platicar con el Señor”. Aunque ¿se limitará la oración a un simple diálogo entre Dios y el hombre? He tenido tiempo últimamente para darme cuenta que la oración es más que eso. La oración incluye adoración, culto, confesión, meditación, sumisión, intercesión, agradecimiento, escuchar y hasta silencio. De tal manera que la definición anteriormente expresada se queda corta para todo lo que involucra la oración. Así que una definición que cubra, de una manera profunda, estas cualidades de la oración es muy difícil de dar. De tal manera que podemos decir que oración es comunión con Dios.

La oración es la comunión con Dios que expresa una relación entre Dios y la persona que ora. “La oración completa y verdadera”, dijo San Agustín, “no es más que amor”. Cuando la oración alcanza todo lo que debe, es expresión del amor. La relación de amor es primero; la oración es el canal de comunión para esa relación ¡Quizás no deberíamos preguntarnos si nuestras oraciones reciben respuesta, sino si amamos a Dios y si nos estamos comunicando dentro de ese amor”.

¿Cómo orar? ¿Qué características debe seguir nuestra oración? Para la respuesta a estas preguntas y otras que puedan surgir en torno al tema, es importante seguir un modelo, un ejemplo, el mayor de todos, nunca a habido en la historia una persona que haya orado como esta persona, nadie ha tenido una conexión tan directa con el Padre como la que esta persona la ha tenido, ha nadie le ha transmitido sus mensajes el Espíritu Santo de una manera tan clara y fácil como lo hizo con esta persona, ¿su nombre? Jesús. Jesús ha través de su ejemplo y vida de oración nos ofrece las pautas necesarias para determinar qué características debe tener nuestra oración para la mejor realización de esa comunión con Dios.

1. *Capaz de abrir el cielo. (Lc. 3,21-22)*

La oración es como una llave que nos abre el cielo en la tierra. La oración toca el corazón de Dios a través de la comunión, en ambas direcciones, del amor y la relación. No hay registro de lo que Jesús dijo cuando oró, quizás su oración era de-

masiado privada como para expresarla públicamente. Tal vez se debe a que las palabras no eran importantes.

2. *Una prioridad en nuestra vida. (Mr. 1.35; Lc. 18.1)*

La oración no es “algo más”, en la agenda de nuestra vida cristiana, es una necesidad vital para nuestra relación con Dios, algo que demanda una prioridad en nuestro corazón y en nuestro tiempo. No podemos crecer en nuestra vida espiritual sino le damos el lugar que la oración se merece en nuestra vida, anteponiendo cansancio, ocupaciones, personas, etc. El compromiso de oración es compartido. Cada oración que nosotros elevamos se convierte a la vez en un compromiso de Dios para con nosotros.

3. *Apártese. (Lc. 5.16)*

La relación privada de Jesús con Dios nutrió su vida pública. El hábito de poner la oración primero y encontrar privacidad para ella enciende las mejores relaciones con Dios y nos nutre para todo lo demás de nuestras vidas, desde extensos y arduos días hasta retos malvados, enfermedades y hasta batallas con demonios. Es el patrón de la oración cristiana.

4. *Antes de decisiones. (Lc. 6.12-16)*

Ante la falta de sabiduría que podamos poseer y la limitación de la sabiduría humana es necesario la oración preparatoria para la toma de decisiones importantes en nuestra vida.

En Lc. 11.1 los discípulos le piden a Jesús que le enseñen a orar. Su petición vino de escuchar y observar a Jesús orar ¡Se dieron cuenta de que en realidad sabía como orar! Las oraciones de Jesús eran íntimas, poderosas y efectivas. Verdaderamente estaba en contacto con el Padre, y ellos deseaban experimentar lo que vieron experimentar a Jesús.

La oración siempre debe ser un medio de comunicación en la relación, donde las peticiones solo son parte de la comunicación. La oración nos deja adorar a Dios, amar a Dios, escuchar a Dios, confesarle a Dios y someternos a Dios, no simplemente hacerle peticiones.



Una relación de Contrastes

Algo especial ocurre con la oración. No somos los mismos al formar en nuestra vida el hábito de orar. Porque orar es algo más que “hablar con el Señor”, es más que un diálogo, va más allá de un intercambio de palabras entre Dios y el hombre. La oración es comunión con Dios. Esto representa un encuentro de contrastes:

Entre lo humano y lo divino,

Entre lo terreno y lo celestial,

Entre lo indigno y lo Santo,

Entre el esfuerzo y la gracia

Es el encuentro entre Dios y el hombre que involucra algo más que palabras, es la manifestación de la conexión del corazón de Dios al del hombre.

Ahora bien, ¿por qué oramos? ¿Cuál es la motivación de nuestras oraciones? ¿Representa para nosotros un medio por el cual podemos incrementar y fortalecer nuestra relación con Dios, o es algo que utilizamos para servirnos y obtener lo que deseamos de parte de Dios? Orar realmente se convierte en una disciplina y un hábito apasionante cuando lo tomamos como un catalizador entre Dios y nosotros en caso contrario se convierte únicamente en un número de emergencia al cual recurrimos con el único interés que nos ayude y no con el de intimar con el otro lado. Aquí es donde inicia el mayor de los contrastes: la motivación de la oración; pues mientras nosotros somos movidos a orar por interés Dios lo desea hacer por amor, a nosotros nos importaría una condición a Él le basta la disposición.

De tal manera que podemos darnos cuenta fácilmente, que son varios los factores que se encuentran en oposición al momento de orar y que, de una u otra forma, afectan el resultado de la misma. Jamás Dios enviará una respuesta a una oración con el fin de hacernos daño. Como la respuesta que recibió un niño de parte de su padre cuando iba a ser operado. El niño al ver en la sala de operaciones las herramientas que su padre iba a usar le dijo: “Prométeme que no me herirás” a lo que el padre contestó: “Hijo, voy a herirte, pero prometo no hacerte daño”. Así es Dios. Tiene cuidado que las heridas que lleguen a nuestra vida no causen daño, sino fortaleza en nuestro carácter, a fin de hacernos semejantes a Jesús. Por lo tanto es importante que analicemos algunos puntos básicos que se pueden corregir en el conjunto de contrastes que se presentan en nuestra relación con Dios al orar.

Contraste de Pensamientos (Is. 55:8-9)

Lo que estoy pidiendo ¿concuera con lo que Dios piensa? Él lo sabe todo, por lo tanto sabe también qué es lo que más me conviene, si buscamos acoplar nuestros pensamientos a los de Dios (y no al revés) estaremos conociendo a la vez lo que es mejor para nosotros.

Contraste de Sentimientos (Fil 2:5)

El ser humano por naturaleza es muy emocional, y por estar siguiendo las emociones nos metemos a menudo en muchos problemas. Las emociones tienen la característica de ser contagiosas, podemos transmitir nuestra alegría, tristeza, preocupación, etc. con mucha facilidad, y también es fácil que alguien nos las contagie, por lo que debemos procurar ser contagiados con las emociones de Dios. Dios es muy exigente en cuanto a nuestro sentir, Dios no toma en serio a los que no sienten como Él (Mt. 15:8) la fe viviente requiere que la boca y el corazón actúen al unísono, para no ser acusados de hipocresía. Es al tener un corazón conforme al corazón de Dios que nuestras peticiones serán contestadas (2 S. 7:3)

Contraste de Planes. (1 Jn. 5:14-15; Lc. 18:1-12)

En el pasaje de la viuda y el juez, ella dijo “Hazme justicia...” no le pidió lo que ella quería o lo que más le convenía, en otras palabras ella dijo: “resuélvelo a tu manera, es lo mejor para mí”. Desear que se hagan los planes de Dios es saber que si los planes de Dios se caen, yo me caigo con ellos.

Contraste de Palabras. (Sal. 105:37-42)

A Dios le gusta que le recordemos su Palabra, sus promesas, los pactos que ha establecido con nosotros, Él no evade los compromisos, Él mismo dijo: “yo apresuro mi palabra para ponerla por obra”; desea que en la confesión de fe de su Palabra recibamos lo que ha preparado para nosotros.

Contraste de Obras.

Ocuparnos en los asuntos de Dios y dejar que Él se ocupe de nuestros asuntos es un “trato” que la Biblia establece: ‘mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas’ (Mt. 6:33) Dios ya tiene listas las cosas que tenemos que hacer (Ef. 2:10), lo único que falta es que las hagamos, Él me dará la carga exacta de obras que puedo realizar, ni más pero tampoco menos. Una obra que debe incluir toda oración es el perdón hacia los demás (Mr. 11:24-25)

La Fe y la Oración

¿Cuántas de nuestras oraciones han tenido un “Sí” como respuesta? ¿Qué porcentaje de ellas han obtenido la respuesta que esperábamos? ¿Por qué no hemos conseguido lo que hemos pedido? ¿Nos ha faltado fe? ¿Cuánta fe necesitamos? Tal vez estas preguntas pudieran ser un poco profundas en su respuesta y un tanto difíciles de contestar. Así que iniciemos con lo básico: ¿Qué es la fe?

Pocos capítulos de la Biblia hablan tan directamente de la fe como lo hace el número 11 de Hebreos (aunque debemos recordar que en sí la Biblia es un libro de fe). Dos versículos captarán nuestra atención por encima de los demás. El primero es precisamente el primer versículo:

*"Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve."*

El versículo puede dividirse fácilmente en dos partes. En cada una menciona rasgos fundamentales de la fe. Habla de *certeza* y *convicción*. Más que situaciones momentáneas podemos darnos cuenta que se trata de un estilo de vida.

Inicia diciendo que es *"la certeza de lo que se espera"*; Ahora bien ¿Qué es lo que usted espera? ... ¿Se da cuenta? La fe es un asunto de expectativas bien definidas. Si alimentamos este estudio con el concepto que hemos venido manejando de oración (“comunión con Dios”) nos daremos cuenta que existe desde ahora un enlace entre la fe y la oración ¿De qué manera? Hagamos una semejanza con nuestras relaciones humanas.

En la medida en que nos relacionamos con otras personas y las vamos conociendo, aprendemos cómo son, cuáles son sus gustos, qué son aquellas cosas que les apasionan, etc. De la misma forma vamos conociendo su carácter y forma de ser, lo cual nos sirve para determinar qué podemos esperar de ellas, o sea la clase de expectativas que podemos tener de dichas personas. Jamás podremos esperar lo mismo de un perfecto desconocido que de un padre amoroso que nos ha cuidado toda la vida.

¿Ha captado la semejanza? ¡Con Dios ocurre lo mismo! En el grado que, por medio de la oración, le vamos conociendo sabemos qué podemos esperar de Él y estaremos seguros que jamás contestará a caprichos que nos perjudicarán y estaremos certeros que siempre obtendremos de su parte lo mejor. (Jer. 29.11-12; Lm. 3.21-26)

La segunda parte del versículo nos dice que la fe es "*la convicción de lo que no se ve*". ¿Me permite una pregunta? (Y si no me la permite de todos modos allí le va ☺) ¿Alguna vez ha visto a Dios? Yo no. Lo único que he podido ver han sido sus manifestaciones. Es la sensibilidad de nuestra comunión con Él la que nos permite tener la visión en aquellas cosas invisibles ante nuestros ojos pero que son reales y duraderas, incluso mucho más que las que sí podemos ver. (2 Co. 4.8; 5.7) La oración nos permite ir conociendo y adquiriendo confianza en un Dios real pero que no vemos, tan maravilloso que nuestros ojos no resisten su hermosura, pero que se mantiene al tanto de todo lo que nos ocurre y que ha prometido estar con nosotros todos los días (Mt. 28.20) Es en esa relación que la vista pasa a un plano secundario (e incluso innecesario) pues nuestra confianza y convicción en Dios es real en nuestra vida, una convicción en su bondad y poder, pero sobre todo una convicción de Su incomparable e infinito amor.

El segundo versículo de análisis es He. 11.6:

*Pero sin fe es imposible agradar a Dios;
porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay,
y que es galardonador de los que le buscan.*

¿Son mis nervios o dice "imposible"? No dice "improbable", ni "difícil", ni "complicado", dice de manera muy marcada y contundente: *imposible*. Es imposible que usted baje las estrellas a pedradas, es imposible que se broncee bajo la luz del sol en la noche, es imposible que llegue a la luna subido en un rayito de luz, y es imposible que usted agrade a Dios sino tiene fe. ¿Por qué? Porque como hemos venido analizando, la fe se cultiva y alimenta por medio de una relación personal con Dios. Si usted no tiene una relación de comunión con Dios, usted no quiere un Dios personal usted ansía un mago que le cumpla sus deseos, y Dios jamás se prestará a jugar un papel en su vida por debajo de lo que Él se merece. Dicho sea de paso, esto nos da otra definición sencilla sobre lo que es fe: "La creencia de que Dios existe y

de que es bueno, una convicción de que Él puede y una esperanza de que lo hará”¹ Así es. Dios está allí, cerca de nosotros, dentro de nosotros, esperándonos todos los días, ansioso por comunicarse con nuestro corazón, deseoso de pasar tiempos maravillosos de comunión, y dispuesto a recompensar nuestra búsqueda de Él.

De esta manera termina el versículo *“galardonador de los que le buscan”*. La comunión con Dios tiene una recompensa que proviene de Sus propias manos. No hay mensajero, no hay tramitador, no existe intermediario, es Dios mismo quien se encarga de dar la respuesta y galardón correspondiente a nuestra comunión. Y es esa comunión que mantenemos con Él a través de la oración, la que nos hace adquirir la certeza, la convicción y la fe necesaria en el Dios hacedor de imposibles.

¹ Concepto dado por Max Lucado en “Todavía Remueve Piedras”



¿La oración cambia las cosas?

Si estamos dentro del parámetro normal de personas que oran seguramente tenemos una expectativa común en cuanto a la oración: El Cambio. Nuestra oración se enfoca muchas veces, sin importar el tema, en un cambio en ese tema. Dios está atento a nuestras oraciones, es más le gusta que oremos, pero ¿qué tanto cambio genera la oración? ¿Realmente la oración produce cambios? Y si los produce, ¿qué cosas puede cambiar una oración y qué cosas no? Para esto tocaremos 4 áreas específicas en las cuales puede surgir una pregunta por el cambio.

¿Cambia la Oración a Dios?

No la mal entendamos. Trato de decir si la oración cambia las decisiones de Dios. Tampoco nos apresuremos a contestar. Sería bueno revisar un par de ejemplos.

(2 R. 19.14-19,35; 20.1-6) El primero se trata de Ezequías. Tal vez su nombre no le diga nada, pero para Dios trae recuerdos de un hombre que realmente sabía como orar, un hombre que en los momentos más duros había recibido el sí de parte de Dios. Este hombre conocía como tocar el corazón de Dios y recibir respuesta afirmativa a sus oraciones. Dios lo hacía partícipe de todos sus planes. El Señor se encargaba de que estuviera bien enterado de todo lo que a su vida sucedería; así es de todo, incluso de su propia muerte. Como buen ser humano, Ezequías se atemorizó ante la muerte, no le resultaba muy placentera, no se encontraba dentro de su agenda, pero sí dentro de la de Dios. La hora de partir a casa había llegado y Papá creyó conveniente avisarle a su hijo que arreglara sus cosas. Pero Ezequías sabía cómo pedir así que lanzó la petición ¿El resultado? Su vida fue prolongada en 15 años. ¿Cambio la oración de Ezequías la decisión de Dios?...

(Jn. 2.1-11) A veces pienso que este pasaje no nos es controversial únicamente a nosotros, pienso que en su momento causó cierto desbalance en el mismo Jesús. Sino me lo cree revise el versículo 4: *"Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? aún no ha venido mi hora"* Me parece leer entre líneas algo así como "No está dentro de mis planes originales hacerlo así" Sin embargo la petición de María tuvo la respuesta que ella esperaba. ¿Realmente cambió Sus planes esa oración?

Dado que la respuesta puede causar muchos problemas es necesario tener un apoyo en la Biblia para aclarar este punto. En *Mal. 3.6; He. 13.8* se nos habla de

uno de los atributos característicos de Dios: Su invariabilidad. El no cambia, sigue siendo el mismo. Nada de lo que hagamos hará que el sea distinto, que el control que tiene en sus planes se altere. Debemos amarrar esta idea con otro de sus atributos: Su omnisciencia. Él lo sabe todo, de tal manera que ya estaba de acuerdo con el cambio incluso antes que nosotros lo pidiéramos. Estaba dentro de sus planes propiciar ese “cambio” con un solo propósito: que sus discípulos, aquellos que le seguían y le servían, creyeran en Él (*Jn. 2.11*)

¿La oración cambia las circunstancias?

(*Stg. 5.17-18*) Me gusta mucho el aliento de este versículo “hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras” No era un extraterrestre, ni un ángel caído del cielo. Se trataba de un ser humano de carne y hueso como cualquiera de nosotros. Y en esa humanidad Dios lo escuchaba, y luego de sus oraciones cambiaban las circunstancias. Sus oraciones eran capaces de convertir la vida en muerte y la muerte en vida (1 R. 18.1-40; 17.17-24) Pero ¿qué pasa con aquellas circunstancias por las que hemos orado y siguen igual? ¿Qué sucede con el ambiente del trabajo que no cambia? ¿Qué pasa con la situación económica que no mejora? ¿Qué sucede con la enfermedad que sigue estando allí? ¿Qué hacemos cuando luego de orar las circunstancias empeoran? La oración puede genera un cambio en nuestras circunstancias, pero ¿qué pasa si no?

¿La oración cambia a otras personas?

(*Lc. 6.28; 1 Ts. 5.25; Stg. 5.16*) Son varios los pasajes como éstos que nos dan la orden de orar los unos por los otros. Se nos anima a no desmayar en nuestras oraciones. Los cambios en otras personas se han dado luego de orar. El cambio en nuestra propia vida ha sido el resultado de oraciones de otras personas por nosotros. Sin embargo surge el desagradable signo de interrogación cuando nuestras oraciones no han producido el cambio en las personas por las que hemos estado intercediendo. La pareja no responde como esperábamos. Papá y mamá siguen con el corazón duro. Los hijos siguen rebeldes. Nuestros amigos siguen igual. ¿Qué sucede con el cambio que la oración puede producir en otras personas?

¿La oración me cambia?

(1 *Ts. 5.17; Lc. 22.40; Jud. 1.20*) Se trata, en mi opinión, de la pregunta más importante que debemos contestar. Porque de allí se desprenderá una satisfacción en las respuesta que hayamos obtenido de las tres anteriores.

Hemos venido platicando que la oración es comunión con Dios. No un simple tiempo que dedicamos a hablar con Dios, sino una vida de relación profunda con Jesús. Una relación en la cual vamos conociendo cada vez más el carácter de Dios y Él va haciéndonos cada vez más parecidos a Jesús. De tal manera que ésta pregunta es la única que recibe en todos los casos un sí. No hay excepción, sin importar la circunstancia, sin que valga la situación en que nos encontramos, la oración trae como resultado un cambio en nuestra vida.

Un cambio en nuestro corazón que nos hará aceptar las respuestas y decisiones de Dios, pues comprenderemos que son las mejores para nuestra vida. Un cambio que hará que veamos nuestras circunstancias de una forma distinta. Un cambio que nos hará aceptar a las otras personas tal y cómo son y amarlas no a pesar de lo que son sino por lo que son. Un cambio que se producirá de adentro hacia fuera. Así que cuando preguntemos si la oración cambia las cosas es necesario recordar:

1. En la oración el cambio no es lo más importante. Lo importante es nuestra comunión con Dios.
2. Los cambios que propicie Dios ya sea en las circunstancias, en otras personas o incluso en nuestra propia vida se darán en el tiempo y en la forma en que Dios crea más conveniente: siempre será la mejor.
3. Dios sigue estando bajo control de todo.

Dios Dijo "No"

*J*amás al orar esperamos un "No" como respuesta de Dios; sin embargo, debemos reconocer que es una respuesta que frecuentemente hemos recibido. Nos emocionan los "Sí" de Dios. Sonreímos cuando Él da la provisión pedida, elevamos alabanzas cuando recibimos la sanidad solicitada, pero ¿Qué pasa cuando Dios dice "No"? ¿Qué clase de fe se cultiva en nuestra vida cuando Él sencillamente dice "No"? ¿Es fácil predicar a un Dios que utiliza mucho el "No" en sus respuestas? No es asunto sencillo, ni respuesta fácil la que se debe dar a estas preguntas. Es un análisis que a algunos podría tomarle toda la vida. Algunos puntos son importantes analizar al respecto.

"SI" no es siempre lo mejor.

Anteriormente mencionamos a Ezequías y cómo Dios le respondió en forma sorprendente a su petición y prolongó en 15 años su vida. ¿Habría sido lo mejor? Durante el "tiempo extra" de Ezequías sucedieron asuntos sumamente importante}s:

- a. Visita de mensajeros babilonios (2 R. 20.12-16) quiénes realmente eran espías que tomaron informes que luego sirvieron para la conquista y esclavitud de Israel.
- b. Nacimiento de Manasés (2 R. 21.1-6) El rey israelí más perverso hasta ese momento.

Vemos en esta experiencia que no siempre el "Sí" de Dios trae los mejores resultados a nuestra vida, sin embargo esto no quiere decir que no estén bajo el control divino. Pudiera ser que guiados por caprichos o deseos infantiles, Dios permita que se cumpla, pero no indica que sea la mejor respuesta. (Sal. 106.15)

El "No" como respuesta de Amor.

Pablo puede confirmar perfectamente el propósito de un "No" de Dios. (2 Co. 12.9) No es fácil entender esa respuesta. Tal vez a Pablo le tomó toda la vida y nunca llegó a entender. No le resultaba fácil hacerlo. Nadie había sufrido un cambio tan espectacular en su estilo de vida como Él. Nadie había fundado tantas iglesias como él. Era usado para hacer milagros. Había visto como sus oraciones habían provocado sanidades, restauraciones, resurrecciones, provisiones, prosperidad a otros ¿Por qué Dios no respondía a un favor personal?

No lo intentó una ni dos, fueron tres las ocasiones en que lo hizo. No logró asimilar bien la primera ocasión. No estaba acostumbrado a esa respuesta por parte de Dios. Después de todo, si había dicho “Sí” a peticiones por otros no era tan difícil que algo personal también le fuera concedido. Sin embargo el descontrol no lo desanimó, así que lanzó de nuevo la petición. Por segunda ocasión Dios volvió a decir “No”. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaban perdiendo eficacia sus oraciones? ¿Algo había mal en su vida? Pablo no salía de su asombro y, por qué no decirlo, de su dolor. Le dolía no obtener la respuesta que quería. Nadie se siente cómodo con un “No” como respuesta. Así que perseveró en la oración. La oración fue elevada por tercera ocasión. La respuesta de Dios volvió a ser la misma. Pero Pablo ya no era el mismo. Algo había cambiado. Algo mucho más importante que la situación por la que oraba un cambio. Había cambiado su corazón. Pablo había entendido lo que a usted y a mí nos resulta difícil de aceptar: Que Dios nos ama a través de sus respuestas. Dios amaba a demasiado a Pablo como para conceder algo que le alejaría de Él. Dios está tan profundamente enamorado de nosotros que no concederá nada que nos aleje de su corazón. El “No” es una muestra de interés que tiene Dios en seguir trabajando en nuestra vida.

La Purificación Anunciada con un “No”

EN NUESTRAS RELACIONES (1 P. 3.1-7)

El hombre fue creado como un ser gregario. No fue diseñado para vivir en soledad y, más que eso, fue creado para vivir en armonía con los demás. Por tal razón Dios está interesado que sus relaciones sean correctas. Que se lleven a cabo en el vínculo perfecto de la paz con el fin de que no sea un obstáculo en sus oraciones.

EN PERDÓN (Mr. 11.24-25)

Un corazón libre de rencor y ataduras de amargura será el lugar propicio para que Dios conceda sus peticiones. Difícilmente un corazón podrá ser buen administrador de los bienes que desea si no puede otorgar perdón a aquellos que le han ofendido.

DEL PECADO (Stg. 4.1-4)

Una pregunta: ¿Usted concedería algo a un enemigo suyo? Dios tampoco. El pecado nos convierte en enemigos de Dios, por lo tanto es importante que rechacemos cualquier suciedad de nuestra vida para poder recibir los favores y respuestas que nuestro corazón anhela.

"No": Respuesta para un fin más excelente.

(Dt. 34.4) Me costo asimilar durante mucho tiempo la situación de Moisés. A pesar que era una decisión de Dios no me resultaba muy justa. Moisés había sufrido mucho. Le había tocado duro. Durante 40 años había tenido que soportar los desplantes de un pueblo rebelde que tal parecía tenían como objetivo hacerle la vida imposible. Así que lo más razonable era que, después de tanto padecer, Moisés fuera el primero en poner pie en la tierra prometida. Además Dios así se lo había dicho. Pero Dios dispuso que Moisés no entrara en la tierra prometida... terrenal.

Dios fue fiel con su promesa. Sabía cuánto había padecido Moisés. Dios amaba tanto a Moisés que quería que viniera a disfrutar la eternidad a su lado. Moisés se anticipó a la tierra prometida... celestial. Moisés recibió un "No" mucho más excelente para su vida. Nada pudo haber sido mejor que llegar a casa. No más problemas, ni reclamos. Adiós a las burlas y murmuraciones. Las penas y dolores quedaron atrás. Estaba entrando por la puerta grande. Papá lo esperaba ansioso por abrazarlo.

Su caso podría ser similar. Tal vez esté recibiendo un "No" como respuesta. Pero no tema, haga a un lado la confusión. Papá está con los brazos abiertos. Él sabe que es lo mejor para usted. No lo dude. Siempre le dará lo que le conviene. A usted le corresponde reposar mientras Dios se dispone a hacer maravillas en su vida.